

Biblioteca:
Hobbes, sobre Tucídides



*A Possession for everlasting**

Pablo Maurette

Thomas Hobbes, traductor de Tucídides

1

La distinción tajante entre un Hobbes pre y post *mos geometricum*, o un Hobbes humanista y un Hobbes post-humanista, que Leo Strauss propuso en su influyente estudio de 1936 parece ser un trauma del que los estudios hobbesianos aún no se han repuesto.¹

Según la tesis de Strauss, Hobbes es, fundamentalmente, un filósofo interesado en cuestiones de ética y no en las arideces deductivas de la ciencia moderna. La verdadera base de su filosofía política no es, según Strauss, la ciencia moderna sino la observación de los seres humanos y de sus patrones de comportamiento.

* Es decir: «Una posesión que dure para siempre». De este modo traduce Hobbes «*ketema es aei*», la frase con que Tucídides describe el propósito de su *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

1. Leo Strauss, *The Political Philosophy of Hobbes: Its Basis and Genesis*, London, 1936. En el último cuarto de siglo un gran número de intelectuales ha intentado detectar y resaltar, podría decirse que con éxito, aspectos de este Hobbes humanista en el Hobbes post-método. Reik, por ejemplo, señala con acierto que Hobbes mismo nunca indica que hubiese considerado la adopción del método un salto mortal en el desarrollo de su pensamiento político (M. Reik, *The Golden Lands of Thomas Hobbes*, Detroit, 1977). Johnston sostiene, con razón, que Hobbes nunca desatendió del todo su interés por la retórica y la historia (D. Johnston, *The Rhetoric of Leviathan: Thomas Hobbes and the Politics of Cultural Transformation*, Princeton, 1986). Skinner, por su parte, argumenta que luego de la Guerra Civil Hobbes cambia de opinión respecto de la retórica y del uso de la elocuencia (Q. Skinner, *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*, Cambridge, 1996). Finalmente Wootton muestra cómo la formación humanística de Hobbes puede apreciarse a cada paso en la estructura del *Leviatán* («Thomas Hobbes's Machiavellian Moments», Kelley, D.R. y Harris Sacks, D. (eds.), *The Historical Imagination in Early Modern Britain: History, Rhetoric and Fiction 1500-1800*, Cambridge, 1997, pp. 210-242).

Sin embargo, cuando Hobbes se topó con la obra de Euclides en algún momento de la década de 1630, tuvo una revelación de tipo casi epifánico y se propuso aplicar el *mos geometricum* a la política. Este cambio coincide, sigue Strauss, con una variación del interés principal de Hobbes, que pasó de centrarse en cuestiones de hecho para centrarse en cuestiones de derecho. No obstante este cambio, concluye Strauss, la actitud pre-científica y el interés de raíz en la ética, que constituye el núcleo fundamental de su filosofía política, jamás desaparecen de la obra hobbesiana. Desafortunadamente, para Strauss, la aplicación del método geométrico fue una decisión poco feliz, pues empañó y enrareció las geniales intuiciones del Hobbes pre-científico. Esta disonancia metodológica es la causa de que las obras de madurez, sobre todo el *Leviatán*, sean un fracaso, concluye Strauss.²

Esta lectura de Hobbes tiene, según Michael Oakeshott, uno de sus primeros y más lúcidos críticos, un gran problema de fondo. Visto que la primera obra de filosofía política de Thomas Hobbes, *Los Elementos de la Ley*, publicada en 1640, está estructurada de acuerdo con el método geométrico, ¿dónde en la obra de Hobbes –pregunta Oakeshott– se puede apreciar este núcleo ético humanista en estado puro?³ A esta pregunta Strauss habría respondido que para dar con este Hobbes pre-científico y humanista basta con ir a su primera obra publicada, la traducción de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides (1629). Fue Strauss, en efecto, quien primero propuso leer los textos introductorios a la traducción como el germen de la filosofía política hobbesiana.

Hobbes hizo su primera aparición en la arena intelectual con una obra de historia, no de filosofía. Hacia el final de su vida volvería a la historia y escribiría *Behemoth*, la *Historia eclesiástica* y dos autobiografías. Entre las décadas de 1630 y 1660, cuando produjo sus obras fundamentales de filosofía política –*Los Elementos de la Ley*, *De cive*, *Leviatán* y *De corpore*– si bien Hobbes dejó de lado la historiografía y adoptó el método geométrico de definiciones y deducciones, el objetivo siguió siendo fundamentalmente didáctico. Ya fuese la elite gobernante, o las universidades y, a través de ellas, el mundo entero, el principal interés de Hobbes también fue durante los años de su madurez intelectual educar acerca del buen gobierno y acerca de los peligros de los malos gobiernos. El Hobbes post-humanista se revela, así, más afín que nunca al Hobbes humanista. Más allá de los experimentos metodológicos y de la evolución de su pensamiento político,

2. «*Leviatán* no es de ninguna manera una fuente adecuada para comprender de las ideas éticas y políticas de Hobbes. Sus motivaciones originales permanecen escondidas en esta obra» (Leo Strauss, *The Political Philosophy of Hobbes*, op. cit., p. 170).

3. Michael Oakeshott, «Dr. Leo Strauss on Hobbes» (1937), en *Id.*, *Hobbes on Civil Association*, Indianapolis, 2000, pp. 141-159. Véase D. Baumgold, «The Composition of Hobbes' Elements of Law», *History of Political Thought*, 25, 1, 2004, pp. 16-43.

Hobbes fue hasta el fin de su vida un educador y su interés primero, la educación que produce un buen gobierno.

2

Hacia el final de su extensa vida Thomas Hobbes compuso dos autobiografías en latín, una en prosa y la otra en hexámetro dactílico, el metro propio de la épica. Ninguna de estas dos obras provee demasiada información acerca de los primeros cuarenta años de su vida, pero queda claro en ambas que el resultado de tres décadas de estudio intensivo de griego y latín fue una obra de gran importancia: la traducción de los ocho libros de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*.⁴ Hobbes se enorgullecía de haber traducido directamente del griego,⁵ a diferencia de su predecesor Thomas Nichol, responsable de la primera traducción de Tucídides al inglés publicada en 1550. Nichol se había basado en la defectuosa versión francesa de Claude de Seyssel (1527), quien había, a su vez, seguido la asimismo imprecisa traducción latina de Lorenzo Valla (1452).⁶ La traducción de Hobbes, elogiada en su momento por helenistas y eruditos de toda Europa, es considerada aún hoy ejemplar y por demás rigurosa.

Hobbes estudió griego primero con el renombrado helenista isabelino Thomas Latimer y luego en la vasta biblioteca de la familia Cavendish.⁷ En la autobiografía en verso confiesa haber leído a Homero y a Virgilio, Horacio y Sófocles, Plauto, Eurípides y Aristófanes. Sin embargo a la hora de elegir un autor para traducir a la lengua vernácula se decidió por Tucídides. La razón es que «de todos ellos ninguno me placía más que Tucídides».⁸ Claro que no se trataba simplemente de una cuestión de placer:

Él [Tucídides] dice que la democracia es una estupidez
Más sabio que tener una República es tener un Rey.⁹

4. La obra fue reeditada tres veces en vida de Hobbes: 1634, 1648 y 1676.

5. Hobbes usó la edición de Tucídides de Emilio Porta (Frankfurt, 1594). Ver R. Schlatter, «Hobbes and Thucydides», *Journal of the History of Ideas* 6-3, 1945, pp. 360-362.

6. Valla fue el primer traductor de Tucídides. Su traducción fue presentada en un manuscrito de lujo al papa Nicolás V. Para una descripción detallada del manuscrito ver B. Nogara, *Codices Vaticani Latini III: Codices 1461-2059*, Ciudad del Vaticano, 1912, pp. 275-276.

7. John Aubrey, *Life of Thomas Hobbes*, London, 1949, pp. 305-320; cf. p. 232.

8. *Vita*, lxxxviii, en Sir William Molesworth (ed.), *Thomae Hobbes Malmesburiensis Opera Philosophica quae latine scripsit omnia* (Vol. 1), London, 1961. En la autobiografía en prosa, escrita en tercera persona, corrobora esto y dice: «De todos los historiadores griegos, Tucídides era su fuente de especial deleite».

9. «Is democratia ostendit mihi quantum sit inepta/ et quantum coetu plus sapit unus homo», *Vita*, lxxxviii.

En la autobiografía en prosa Hobbes se explora un poco más sobre el particular deleite que le producía Tucídides: «En él, la debilidad y el eventual fracaso de la democracia ateniense, aparecen claramente». Esta noción de la democracia como un sistema corrupto, peligroso y condenado al fracaso acompañaría a Hobbes toda su vida, pero es importante resaltar, antes que nada, que desde el año 1608 Hobbes se desempeñaba como tutor en el seno de la familia Cavendish. Sabemos que entre las lecturas que prefería asignar a sus alumnos había una gran variedad de historiadores antiguos, y queda claro en el prefacio al lector de la traducción de Tucídides que el propósito principal de la obra es educar. Para entender por qué hacia fines de la década de 1620 Hobbes puede haber creído oportuno darse a la extenuante tarea de traducir, anotar y publicar la obra de Tucídides conviene refrescar la memoria acerca de algunas circunstancias históricas.

Resulta prácticamente imposible hablar de *paideia* en el Renacimiento sin aludir a dos disciplinas fundamentales: la retórica y la historia. Entre los intelectuales que abordaron directamente el problema de la historia como disciplina didáctica se cuentan Tomás Moro, Erasmo, Maquiavelo, Francis Bacon, Botero, Guicciardini, G.J. Vossius, Hugo Grocio, Justo Lipsio y Paolo Sarpi.¹⁰ Entre los historiadores clásicos preferidos por los intelectuales renacentistas cuesta exagerar la importancia de Tácito, Suetonio, Polibio y Lucano y, en menor medida, de Herodoto, Tucídides, Dionisio de Halicarnaso y Diodoro de Sicilia.¹¹ En la Inglaterra Estuarda, los historiadores -encargados de enseñar a vivir justa y decorosamente- comenzaron a experimentar con un género luego conocido como «historical advise book», obras eclécticas y no particularmente rigurosas que eran antologías de consejos para futuras figuras públicas. Tres ejemplos de este tipo de obra son *History of the Reign of Henry VII* de Francis Bacon (1622), *A Short View of the Long Life and Raigne of Henry III* de Cotton (1627) y la *Historie of Edward IV* de Habington (1640). Estos libros eran herramientas didácticas para la educación de futuros políticos, cuyo pragmatismo estaba en consonancia con una disciplina autóctona del Renacimiento, la *ars historica*.

En 1507 Giovanni Pontano publicó *Actius*, obra fundacional de la *ars historica*, que constituye una reflexión acerca de la naturaleza y el propósito de la historia y sigue de cerca las enseñanzas de Séneca, Cicerón y Quintiliano, para quienes la historia era un medio para adquirir prudencia a través de antologías de ejemplos del pasado. A partir de entonces este tipo de compilación se convierte en una prác-

10. Entre los años 1615 y 1628 William Cavendish y su tutor Thomas Hobbes oficiaron como mediadores en la relación epistolar entre Francis Bacon y Fulgencio Micanzio. Micanzio era un fraile veneciano muy allegado a Paolo Sarpi, autor de la monumental *Historia del Concilio de Trento* (1619).

11. El gran difusor del *evemerismo* era uno de los historiadores preferidos de Hobbes (cf. *Behemoth*, p. 91).

tica relativamente común a la hora de enseñar, o de escribir historia agregar sentencias o moralejas, compuestas en un estilo florido y solemne, a fin de hacer más evidente el ejemplo a seguir. En 1623, seis años antes de la publicación de la traducción hobbesiana de Tucídides, Degory Wheare, profesor de historia en la Universidad de Oxford y heredero de la cátedra fundada por el emblemático historiador y anticuario William Camden, había publicado *The Method and Order of Reading Histories*, el único ejemplo sustantivo de una obra de *ars historica* publicado en Inglaterra. También en 1623, en los Países Bajos, Vossius publicó su *Ars Historica*, una obra de gran relevancia en el campo de la historiografía de la primera mitad del siglo xvii. La predilección de Hobbes por Tucídides, uno de los historiadores menos leídos en el Renacimiento,¹² y su decisión de traducir y publicar la *Historia* acaso tuviese que ver con su desagrado por la moda de la *ars historica*. Tucídides, según Hobbes, es el mejor historiador porque «jamás entra en digresiones para extraer lecciones, morales o políticas, de su propio texto, ni se adentra en los corazones de los hombres más allá de lo que los actos mismos claramente le indican». En Tucídides Hobbes había encontrado un historiador más apropiado, más austero y más transparente, un modelo impecable para la instrucción.

El tercer texto que introduce la traducción de Tucídides, *Sobre la vida y la Historia de Tucídides*, no sólo es considerablemente más extenso que los dos primeros, sino que está en un cincuenta por ciento dedicado a discutir las críticas a Tucídides del historiador y orador del siglo i a.C. Dionisio de Halicarnaso. Esto no es casual, ya que, como se verá claramente en el texto, las críticas a la concepción de los objetivos y del estilo de la historiografía que Dionisio propone en su sistemática y devastadora crítica al autor de la *Historia de la guerra de Peloponeso*, son críticas veladas de Hobbes a la *ars historica*. En el siglo ii a.C. Polibio, que se consideraba el heredero natural de Tucídides, contra ciertos «oradores que hacen historia» escribió que «[l]a historia no debe tener como fin el placer (*terpsis*) de los lectores, sino el beneficio (*opheleia*) de quienes le prestan la debida atención».¹³ La complacencia y el simplismo que predicaban Dionisio y otros oradores-historiadores reaparece, según parece decir Hobbes, en los libros de máximas empaquetadas y moralejas autocomplacientes y descontextualizadas de los cultores de la *ars historica*.

12. Uno de los humanistas más eruditos de la primera mitad del siglo xv, Coluccio Salutati, parece no haberlo leído nunca. Fueron el intelectual bizantino Manuel Chrysoloras (1355-1415) y el Maestro de los Caballeros Hospitalarios de Rodas, Juan Fernández de Heredia, quienes comenzaron a difundir la *Historia* de Tucídides en el original griego en Italia. Su tarea ofició de preámbulo a la posterior traducción de Lorenzo Valla. Ver U. Klee, *Beiträge zur Thukydidés-Rezeption während des 15. und 16. Jahrhunderts in Italien und Deutschland*, Bern, 1990.

13. Polibio, *Historia* 9.2.

En la autobiografía en verso dice Hobbes que tradujo a Tucídides para que se convirtiese en una guía para oradores.¹⁴ Esta actitud escrupulosa frente a los usos y abusos de la retórica nos lleva a un segundo aspecto del contexto histórico de la publicación de la *Historia*. Para la política parlamentaria inglesa el período entre la coronación de Carlos I (1625) y la disolución del Parlamento en 1629 (el rey no convocaría otro Parlamento hasta 1640) fue uno de incertidumbre y gran inestabilidad. En 1626, cuando se supone que Hobbes comenzó a trabajar en la traducción de la *Historia*,¹⁵ Carlos I disolvió el Parlamento para impedir que éste destituyera al Duque de Buckingham, cuyo liderazgo en la guerra contra España había suscitado feroces críticas de parte de grandes sectores de ambas cámaras legislativas. Entre los años 1626 y 1627, no habiendo Parlamento para legislar a favor de nuevas cargas impositivas, Carlos I, a fin de asegurarse una fuente sostenible de ingresos, estableció el Préstamo Forzado, un decreto abusivo que obligaba a los ciudadanos a prestarle dinero a la Corona. Quienes se negaban a pagar eran encarcelados bajo diversos pretextos. Sabemos que Hobbes, en calidad de secretario personal de William Cavendish, Conde de Devonshire, asistió personalmente en el cobro del Préstamo Forzado y en el envío de los pagos al fisco.¹⁶ En 1628 el rey, aún corto de fondos, se vio finalmente obligado a convocar al Parlamento y tuvo que aceptar la Petición de Derecho, a través de la cual, entre otras cosas, el gravamen sin consenso parlamentario fue declarado ilegal. Durante los meses que tomaron las negociaciones en torno a esta petición, Carlos I en repetidas ocasiones atacó a miembros de la cámara baja acusándolos de practicar una «oratoria de tribunos».¹⁷ Era precisamente esta oratoria de tribunos, u oratoria «a la romana», que Hobbes veía como una amenaza sustantiva contra la integridad del Estado. Tácito, un autor muy popular entre intelectuales y profesores, era comúnmente leído como un paladín del republicanismo. Dos años antes de la publicación de la traducción de Tucídides, Isaac Dorislaus, un holandés profesor de historia en Cambridge, fue acusado de promover lecturas pro-republicanas de Tácito y, como consecuencia, fue expulsado y la cátedra de historia se cerró.¹⁸ Hacia el fin de la guerra civil Dorislaus se convirtió en uno de los principales

14. «Hunc ego scriptorem verti, qui diceret Anglis, consultaturi rhetoras ut fugerent», *Vita*, lxxxviii.

15. La traducción fue publicada en 1629, pero ya había sido incluida en el Registro de Impresiones de Londres el 18 de Marzo de 1628. Según Martinich, «el proceso de traducción puede haber durado de uno o a dos años». Cf. A. Martinich, *Hobbes: A Biography*, Cambridge, 1999, p. 77.

16. Ver J. Sommerville, *Thomas Hobbes: Political Ideas in Historical Context*, New York, 1992, p. 9. En *Behemoth* (2.84), Hobbes acepta que el préstamo forzado fue un grosero error por parte de Carlos I.

17. Ver J. Scott, «The Peace of Silence: Thucydides and the English Civil War», G. Rogers, Tom Sorell (eds.) *Hobbes and History*, London, 2000, pp. 112-136; cf. p. 117.

18. D.R. Woolfe, *The Idea of History in Early Stuart England: Erudition, Ideology and the 'Light of Truth' from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, 1990, p. 174.

responsables de preparar los cargos de alta traición contra Carlos I; en 1649, pocos meses después de la ejecución del rey, fue asesinado por una pandilla de *cavaliers*, partisanos realistas, en La Haya.¹⁹

Hasta el final de su vida Hobbes siguió convencido de que la difusión de ciertos autores clásicos era extremadamente peligrosa. En *Behemoth*, un diálogo entre el tutor A y su discípulo B, el maestro declara que «las universidades y su enseñanza de autores anti-monárquicos fueron las grandes responsables de la guerra civil».²⁰ Las tres piezas introductorias a la traducción de Tucídides pueden, sin duda, leerse como una respuesta a estas lecturas de historiadores clásicos inspiradas por afiliaciones ideológicas y políticas. Constituyen, de este modo, el primer escrito político de Thomas Hobbes.²¹

3

Hobbes dedicó la traducción de Tucídides a la memoria de su patrón, William Cavendish, que acababa de morir, pero la epístola introductoria está dirigida al hijo de Cavendish, el futuro tercer Conde de Devonshire, que, por aquel entonces, tenía once años de edad. Esta carta es, entre otras cosas, un testimonio invaluable de la dinámica de la vida intelectual en el seno de la familia Cavendish.

William Cavendish había sido un gran benefactor de las artes liberales y en su casa, dice Hobbes, un hombre no necesitaba de las universidades. Hasta el fin de su vida Hobbes se mostró escéptico y sumamente crítico de las universidades, a las que consideraba tal vez entre los principales responsables de la guerra civil, la discordia y el disenso político en general. Sabemos hoy que era Hobbes quien preparaba los programas de estudio en la casa. Estos consistían mayoritariamente en «historia y ciencia civil».²² Inmediatamente Hobbes aclara que estos estudios tiene como objetivo último la aplicación del conocimiento a la acción. Todo conocimiento impar-

19. Hobbes refiere la crónica del asesinato en un tono de júbilo contenido: «Dorislaus estaba cenando cuando una compañía de *cavaliers*, casi una docena de ellos, entró en sus aposentos, lo asesinó y escapó» (*Behemoth*, 4.163).

20. *Behemoth* 1.23. Los enemigos de la monarquía, para Hobbes, eran fundamentalmente Cicerón, Aristóteles, Séneca y Catón (*Behemoth* 4.158).

21. Jonathan Scott llega incluso a decir que una de las pocas respuestas satisfactorias a la pregunta por las causas de la guerra civil inglesa se encuentra en los tres textos introductorios de Hobbes a la *Historia* (J. Scott, «The Peace of Silence: Thucydides and the English Civil War», *op. cit.*, p. 117).

22. Los tres ensayos compilados en *Three Discourses* (Chicago, 1995) fueron compuestos a principios de la década de 1620, muy probablemente, por William Cavendish bajo la supervisión de Hobbes y dos de ellos tienen como tema el problema de cómo leer y cómo escribir historia. Sobre la cuestión de la historia en Hobbes, véase L. Borot, «History in Hobbes' Thought», T. Sorell (ed.), *The Cambridge Companion to Hobbes*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 305-328.

tido en la casa de los Cavendish tenía como fin último, según Hobbes, «ser aplicado al gobierno de la propia vida y del bien público». En consonancia con muchos de sus contemporáneos, Hobbes consideraba que la historia era la disciplina más apropiada para educar al futuro estadista. Las crónicas de Tucídides sobre la guerra del Peloponeso constituían, según indica Hobbes al joven Cavendish, una fuente invaluable de ejemplos de conductas morales e inmorales, de acciones justas e injustas. El estudio del pasado provee al futuro hombre de Estado puntos de vista mucho más claros, educa a través de ejemplos y está menos contaminado de pasiones, dado que las acciones que se narran pertenecen a un pasado remoto y concluido.

En el segundo texto introductorio, el prefacio a los lectores, Hobbes aclara en qué consiste, para él, el fin último de la historiografía: «a través del conocimiento de acciones pasadas, instruir y habilitar a los hombres para que se comporten con prudencia en el presente y con providencia de cara al futuro». Entre todos los historiadores, es Tucídides –según Hobbes– quien alcanzó la perfección en su arte y esto se debe a que «fue el historiógrafo más político que jamás haya escrito». Aquí «político» se refiere a un concepto que Hobbes introduce, define y repite una y otra vez; un concepto que, según Hobbes, es la clave de la buena historiografía y del cual Tucídides fue el gran maestro: *perspicuity*. *Perspicuitas* es un término latino que significa «transparencia» y que Quintiliano introduce en *De institutione oratoria* (iv.2.31.36) como la tercera virtud retórica luego de la brevedad y la verosimilitud. La perspicuidad en el discurso equivale al «hablar con propiedad,» evitando ambigüedades, un hablar con transparencia, lucidez y claridad meridiana. En la segunda mitad del siglo xvi el concepto de *perspicuitas* estaba en discusión en tratados de retórica, crítica literaria o panfletos en defensa de las lenguas vernáculas. Dos traductores y comentaristas renacentistas de la *Poética* de Aristóteles, Francis Robortello y Antonio Riccoboni (otro cultor de la *ars historica*) traducen el adjetivo *sapbes*, «claro,» del archi-citado pasaje sobre la elocución (*Poética* 1458 a 18) por *perspicuitas*. Para George Gascoigne (1539-1578), por ejemplo, la perspicuidad en el estilo asegura el cumplimiento de la máxima horaciana de *dulce et utile*: El estilo perspicuo instruye y entretiene.²³ Tucídides, cuya prosa hace del lector un espectador, fue, para Hobbes, el gran maestro de la perspicuidad. Pero la perspicuidad tucidideana no es simplemente una virtud retórica; es una virtud política y moral. Reik define *perspicuity* como «evocar la realidad del pasado, volver al pasado palpable, tangible».²⁴ Para Hobbes,

23. George Gascoigne, *Certain Notes of Instruction: The Making of Verse* (1575): «Frame your stile to perspicuity: it should delight and draw genuine attention and deliver a matter worth reading». Cf. Gregory Smith (Ed.), *Elizabethan Critical Essays Vol. 1*, Oxford, 1937, p. 55.

24. Cf. Reik, *The Golden Lands of Thomas Hobbes...*, op. cit., p. 46.

un estilo tangible y claro como el de Tucídides es garantía de objetividad, honestidad y profundidad. El historiador que se esfuerza por retratar el pasado tal y como fue manifiesta su honesta intención de no tratar de ocultar nada.

Según Hobbes, la perspicuidad compensa por la falta de aquellas moralejas explícitas y decorativas que los defensores de la *ars historica* consideraban fundamentales para la enseñanza de la historia. Tucídides escribió la *Historia* para «hombres de buen juicio y buena educación»; Hobbes la traduce para que la lean «los pocos, los buenos lectores». Estos lectores no buscarán deleite en escenas de masacres y espectáculos sangrientos, sino que comprenderán la complejidad de la narración y extraerán valiosas lecciones de la *perspicuitas* del estilo. Una de las objeciones contra Tucídides lanzada por Dionisio de Halicarnaso era que la prosa del ateniense estaba llena de oscuridades. En el tercer texto que introduce la traducción hobbesiana, *Sobre la Vida y la Historia de Tucídides*, Hobbes defiende a Tucídides de éste y de otros ataques del historiador y orador de Halicarnaso. Hobbes sostiene que la oscuridad de Tucídides «procede de la profundidad de sus juicios» y que es normal que sus escritos resultasen tan complejos para muchos puesto que «un hombre sabio debe escribir de modo tal que solo otros hombres sabios lleguen a apreciarlo». Resulta claro para Hobbes que, puesto que Tucídides escribió para una minoría de hombres iluminados, su obra ha de ser traducida y difundida sólo entre una similar minoría. En los albores de su carrera intelectual y pública Hobbes tiene una noción muy precisa acerca de quiénes serán sus lectores: la elite de los futuros gobernantes.

Hobbes entiende que Tucídides consideraba la democracia el sistema de gobierno menos preferible de todos, aunque tampoco le parece que en ningún sitio el historiador cante loas al gobierno de los pocos. De acuerdo con la lectura de Hobbes, Tucídides prefería el gobierno de un solo hombre, sea una tiranía sensata como la de Pisístrato o, en el mejor de los casos, una democracia nominal, que fuera, en los hechos, una monarquía, como la Atenas de Pericles: «Se la decía un Estado democrático, pero era de hecho el gobierno de un solo hombre».

4

El grabado de Thomas Cecill que ilustra la primera edición de la *Historia*, en la composición del cual es probable que Hobbes haya participado activamente,²⁵ presenta, en modo similar al famoso grabado de *Leviatán*, una progresión vertical

25. Según Bredekamp es muy probable que Hobbes haya diseñado el grabado, dado su profundo interés por las imágenes y las ilustraciones como instrumentos retóricos. Cf. H. Bredekamp, «Tho-

que va de un estado de paz y orden a un estado de caos y guerra, en una suerte de gradación ético-ontológica.

En el extremo superior están las ciudades de Atenas y Esparta (que parecen, más bien, Oxford y Basilea) vistas desde el aire, pacíficas y ordenadas, separadas por un rudimentario mapa de Grecia.²⁶ El hecho de que Grecia se interponga entre las dos ciudades resulta significativo puesto que la guerra entre ambas *poleis* estallaría a raíz de quién controlaría toda la región de la Hélade. En el recuadro que está debajo de Esparta aparece Arquídamo II, el anciano y venerable monarca barbudo que empuña una espada. La espada significa que Esparta ya no es la ciudad-estado pacífica y ordenada del recuadro superior, sino que está amenazada y debe ser defendida por el rey. Debajo de Atenas, y alineado con Arquídamo, está Pericles que mira al rey de Esparta con beligerancia y empuña un remo, símbolo del poder de la flota ateniense. Debajo de los líderes de ambas ciudades que se preparan para la guerra están *hoi aristoi*, la asamblea de los oligarcas espartanos, y *hoi polloi*, el pueblo de Atenas. Los espartanos parecen estar inmersos en un caótico proceso de deliberación. Vemos ocho hombres sentados a la mesa y seis de ellos, incluido el rey, discurren al mismo tiempo con virulencia. El pueblo, del lado de Atenas, parece eufórico ante las arengas explosivas y bélicas de un orador. En la lógica del grabado tanto la oligarquía espartana como la democracia ateniense conducen necesariamente al conflicto armado. En el recuadro inferior tenemos la consecuencia de la degradación ética y civil de las ciudades, la guerra.

Según Skinner el grabado es, antes que nada, una crítica de la democracia, dado que el demagogo ateniense se dirige a una multitud de personas, muchas de las cuales parecen «harapientas y tullidas».²⁷ Skinner se equivoca. No se trata de tullidos con bastones, sino de soldados empuñando sus remos, tal y como Pericles, que aparece en el recuadro superior empuñando un remo, símbolo del poderío marítimo de Atenas.²⁸ Tampoco veo a nadie que luzca harapiento entre la multitud.²⁹ La conclusión de Skinner, por tanto, no se sostiene. Hobbes entiende

mas Hobbes's Visual Strategies», P. Springborg (ed.), *The Cambridge Companion to Hobbes's Leviathan*. Cambridge, 2007, pp. 29-60.

26. Hobbes también incluyó en su edición de la *Historia* un nuevo mapa de Grecia, para ayudar al lector a reconocer los sitios mencionados por Tucídides a lo largo de la intrincada narración. El mapa viene acompañado de un aparato crítico en el que Hobbes cita las numerosas discrepancias geográficas entre diferentes comentaristas de Tucídides respecto de los lugares mencionados en la *Historia*.

27. Cf. Skinner, *Reason and Rhetoric...*, *op. cit.*, p. 242. Bredekamp coincide con Skinner: cf. su «Hobbes's Visual Strategies», *op. cit.*, p. 46).

28. Cuando describe la flota que Grecia envió a Troya, Tucídides dice que quienes iban en la nave con Filoctetes eran al mismo tiempo marineros y soldados. Hobbes traduce: «los que empuñaban los remos eran también artilleros (*Historia* 1.10)».

29. Estoy utilizando la edición de 1676, publicada en Londres tres años antes de la muerte de Hobbes, que incluye el grabado original de Cecill de la edición de 1629.

Ilustración nº 4

que la *Historia* de Tucídides es una crítica tanto al sistema político ateniense, como al espartano. La democracia tanto como la oligarquía conllevan enormes riesgos y parecen conducir inexorablemente a la guerra.

En síntesis, el grabado expresa la aprehensión hobbesiana tanto por la democracia como por la aristocracia. Ambos sistemas son degradaciones de la monarquía absoluta y derivan, podría decirse que inevitablemente, en la guerra. Las dos figuras que sobresalen son los líderes, Arquídamo y Pericles, que se alzan entre el estado superior de paz en la ciudad y la degradación que conduce a la guerra como figuras liminares, defensores de la paz. El demagogo ateniense³⁰ y la asamblea espartana representan la arenga y la disputa, que eran para Hobbes, y -según Hobbes- para Tucídides, las principales semillas de la guerra. Tanto para Tucídides, según la lectura que hace Hobbes, como para el mismo Hobbes el sistema de gobierno preferible es la monarquía.

5

En el tercer texto introductorio a la *Historia, Sobre la vida y la Historia de Tucídides* Hobbes traza una importantísima distinción entre «verdad» y «elocución» que resulta fundamental para comprender su idea de instrucción efectiva: «Pues en la verdad está el alma y en la elocución el cuerpo de la historia. Si hay elocución sin verdad el resultado no es más que un retrato de la historia, si hay verdad sin elocución, en cambio, resulta casi imposible instruir». Tucídides el historiador es, en este sentido, similar a Sidney el poeta, un pedagogo ideal que enseña a través de imágenes vívidas y coloridas de acontecimientos ejemplares.³¹

Puesto que el objetivo principal de la historia es didáctico, la disciplina no puede permitirse prescindir de una fuerte preocupación por el estilo y el método. Y puesto que debe enseñar al lector cómo conducirse con prudencia, debe estar basada en una búsqueda seria y sistemática de la verdad. Al discutir los aspectos retóricos de la obra de Tucídides, Hobbes distingue entre disposición, método y estilo. En cuanto a la primera, dice Hobbes, Tucídides fue el más grande histo-

30. Bredekamp equivocadamente sostiene que el demagogo que excita a la multitud es Pericles, cuando Pericles, que aparece en el recuadro superior, es un hombre que lleva bigote mientras que el demagogo luce una tupida barba. Cf. Bredekamp, «Hobbes Visual Strategies», *op. cit.*, p. 48.

31. En la *Defensa de la Poesía* (1581), Sir Phillip Sidney diferencia al filósofo del historiador en que el primero enseña por medio de preceptos áridos y abstractos, mientras que el segundo enseña por medio de ejemplos demasiado ligados a lo particular. Ambas didácticas son falibles e insuficientes, según Sidney, quien creía que el mejor educador era el poeta dado que enseña virtud a la vez que deleita a su audiencia. Cf. Sir Phillip Sidney, *The Defense of Poesy*, en Gregory Smith (ed) *Elizabethan Critical Essays Vol. 1*, Oxford, 1937, p. 90).

riógrafo debido a su incansable búsqueda de las causas de los acontecimientos. A lo largo de su propia carrera intelectual Hobbes también demostró un interés sostenido y agudo por el problema de la causalidad, al que consideraba el principal problema de la filosofía. Sólo un profundo entendimiento de las causas logrará que los hombres se comporten con prudencia. Cuando el mismo Hobbes devino historiador esta idea fue la base de su historiografía. Dice uno de los interlocutores en *Behemoth* que el propósito de la historia no es el relato de acontecimientos del pasado, sino el relato «de sus causas y de los artificios que los hicieron posibles».³²

El hecho de que Tucídides haya elegido como tema de su obra acontecimientos de los que no solamente había sido testigo presencial, sino en los que había incluso participado activamente, resulta, para Hobbes, de radical importancia.³³ Su diligencia y su memoria, fresca e impoluta, son testimonio de su innegable veracidad. Tucídides mismo hace referencia a esto en el famoso capítulo 22 del primer libro de la *Historia*. Allí, advierte al lector sobre las dificultades de transmitir hechos históricos con precisión [*akribeia*] y asegura que, «en cuanto a los hechos [*ta erga*], no he considerado apropiado relatar sino aquellos de los cuales fui testigo presencial y aquellos de los que me informé con gran cuidado [*epexerchomai*]; y aún así, me ha resultado difícil comprender con certeza». En su loa a la seriedad intelectual y al altruismo de Tucídides, concluye Hobbes: «Los elogios de la audiencia le afectaban menos que a cualquier otro hombre y no escribió la *Historia* para obtener un aplauso de sus contemporáneos, sino a modo de monumento para las generaciones venideras. Por eso él mismo calificó a su libro de *ktema es aei*, o una posesión para siempre [*a possession for everlasting*]».³⁴

Resulta obvio que para enseñar algo hay que haberlo aprendido antes. Strauss sostiene que las ideas que forman la base de la filosofía política de Hobbes (la enorme amenaza al orden cívico que constituyen las pasiones humanas; la estricta relación entre obediencia y protección; la importancia del miedo y la vana-

32. *Behemoth*, 1.45.

33. La perspicuidad también aparece asociada con la calidad de testigo presencial de un acontecimiento. El poeta Thomas Sackville, autor de la dantesca *Induction* incluida en *The Mirror for Magistrates* (1563) hace referencia a «the horrere of war in perspicuous eye-witness account» (Gregory Smith (ed.), *Elizabethan Critical Writings* Vol. 2, London, 1937, p. 405).

34. En el tercer texto introductorio que incluimos aquí, Hobbes traduce *ktema es aei* por *a possession for everlasting*, mientras que cuando traduce el libro 1 de la *Historia* traduce con el giro bíblico *an everlasting possession*. En la versión de King James (1611), el famoso pasaje de *Génesis* (17:8) en el cual Dios pacta con Abraham, se traduce: «And I will give unto thee, and to thy seed after thee, the land wherein thou art a stranger, all the land of Canaan, for *an everlasting possession*; and I will be their God». Hobbes retoma este pasaje y este mismo giro en el capítulo 35 de *Leviatán* cuando discute el significado del reino de Dios.

gloria como pasiones que estimulan la creación del Estado) eran el resultado de haber observado con sus propios ojos a los hombres en sus acciones y conductas cotidianas. Bien se podría agregar que la cuidadosa lectura de Tucídides también despertó ideas fundamentales en la formación intelectual de Hobbes. Ha corrido mucha tinta acerca de las afinidades éticas de Hobbes y Tucídides, sus intereses comunes, su visión similar de la naturaleza humana, el desprecio por la democracia que ambos profesaban, etc.³⁵ Cuesta no ver que Hobbes se consideraba filológicamente cercano a Tucídides. En la lectura de Hobbes, Tucídides y él comparten el desprecio por la democracia tanto como la admiración por Pericles quien era, como Hobbes mismo aclara en la introducción, un verdadero monarca, más allá de su denominación democrática. Hobbes también comprendió leyendo a Tucídides, como argumenta con razón Gabriella Slomp, que el miedo, la sed de honor y el ansia de riquezas son tres de las más poderosas fuerzas motivadoras para los hombres.³⁶

Pero quizás el punto de contacto más importante entre ambos autores sea su profundo interés en instruir a las generaciones futuras a través de una investigación honesta, altruista y sistemática de las causas de las acciones. El ejemplo más revelador de esta afinidad intelectual acaso sea aquel pasaje del capítulo 23 del primer libro de la *Historia* donde Tucídides propone su tesis principal acerca de las causas de la guerra del Peloponeso, una guerra que, de acuerdo con su elaborada argumentación, había sido el suceso más importante y más catastrófico de la historia de la humanidad.³⁷ «Y la verdadera disputa [*prophasis*] [...] considero que fue el incremento del poder ateniense que incitó el miedo de los lacedemonios y, por tanto, la guerra».

Hay dos episodios en la *Historia* en los que cuesta no ver antecedentes de ciertos *tópoi* de las obras de madurez de Hobbes. El primero es la extensa digresión sobre la peste que azotó Atenas hacia el comienzo de la guerra (*Historia* 2.47-54). El relato vívido y desgarrador de los efectos devastadores de la epidemia llega, irónicamente, después de la celeberrima oración fúnebre de Pericles (2.35-46),

35. Cf. L. Johnson, *Thucydides, Hobbes and the Interpretation of Realism*, Illinois, 1993. En el único libro enteramente dedicado a comparar ambos autores, Laurie Johnson, propone, sin embargo, que, si bien es correcto decir que tanto Hobbes como Tucídides consideran al ser humano como fundamentalmente egoísta, una lectura más fina de Tucídides revela que el historiador «acepta la posibilidad de acciones no egoístas o virtuosas, mientras que Hobbes no da lugar a excepciones». Johnson concluye: «Pareciera que Hobbes o bien malinterpretó a Tucídides, o bien lo despojó de sutilezas en muchos sitios» (pp. 195-196). Véase también Hans-Joachim Diesner, «Thukydides und Thomas Hobbes: Zur Strukturanalyse der Macht», *Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte*, Bd. 29, N.1, 1980, pp. 1-16.

36. G. Slomp, «Hobbes, Thucydides and the Three Greatest Things», *History of Political Thought* 11, 4, 1990, pp. 565-586.

37. *Historia* 1.1 y 1.23.

aquella sublime celebración retórica de la *aetas aurea* de Atenas, de su sistema político, la democracia, y de las luces intelectuales que brillaban en la *polis* de Sócrates, Eurípides y Aristófanes. La epidemia se expandió con gran velocidad y acabó corroyendo no sólo las vidas de miles de personas, sino las bases mismas del estilo de vida ateniense. En el pandemonio generalizado, dice Tucídides, «los hombres se volvieron indiferentes a los deberes sagrados y profanos por igual» (*Historia*, 2.52). Junto con la enfermedad llegó también la relajación de las costumbres y, finalmente, la anomia, un estado de absoluto desdén por la ley, producto de la precaria situación, de la constante amenaza de contagio y de muerte y del ubíquo hedor putrefacto que tiranizaba las calles y las casas de la ciudad. Los hombres, continúa Tucídides, simplemente dejaron de temer a los dioses al ver que píos e impíos caían muertos uno al lado del otro, pero también dejaron de observar las leyes de la ciudad, puesto que se dieron cuenta de que no habría tiempo para ser castigados si eran atrapados quebrándolas (2.53). Cuando el mismísimo *body politic* es fagocitado por la enfermedad y los sanos sobreviven en un truculento estado de precariedad física y amenaza constante, el miedo cesa de interponerse entre sus pasiones más bajas y las acciones delictivas.

El segundo episodio que Hobbes no olvidaría es la vívida narración del levantamiento popular en Corcyra (3.80-84). Sitiada por los atenienses, estalla en la ciudad una guerra civil. La excusa inicial del conflicto es una disputa entre partidarios de los atenienses y partidarios de los espartanos que se dan a las armas para decidir qué potencia dominaría Corcyra. Pero, como señala Tucídides, la razón originaria se diluye rápidamente y los habitantes de Corcyra comienzan a matarse los unos a los otros por cuestiones personales, odios atávicos e incluso motivos de lo más triviales. «La guerra [...] es un amo inusualmente violento y hace que las pasiones de los hombres se dirijan hacia el conflicto del momento [...]; y la causa de todo esto es *el deseo de dominar*» (3.82). Para Tucídides, como también para el Hobbes de *Los Elementos de la Ley y Leviatán*, la guerra civil es la consecuencia extrema de las pasiones humanas desatadas y sin control cuando las estructuras legales del Estado están ausentes. Hacia el final del descarnado relato concluye Tucídides: «Tales fueron las pasiones de los hombres de Corcyra» (3.85).

Estos episodios de la *Historia* son de especial importancia para Hobbes por dos motivos. En primer lugar, ambos evidencian cuán velozmente, en el contexto de una situación de precariedad civil, la chispa de la rebelión se aviva hasta convertirse en el nefando incendio de la anarquía. En segundo lugar, ambos son testimonios espeluznantes de cuán oscuros resquicios tienen las pasiones humanas. Por ello es que su traducción y difusión tenían para Hobbes una gran importancia didáctica en el contexto de una Inglaterra donde la inestabilidad política comenzaba ya a sentirse cada vez con más contundencia y donde, en poco

más de una década, estallaría una guerra civil que cambiaría la cara del reino para siempre. Tanto Tucídides como Hobbes estaban convencidos de que las generaciones del futuro se beneficiarían de estos relatos, pues no cabía duda para ninguno de los dos de que acontecimientos de este tipo volverían a ocurrir una y otra vez a través de la historia. Durante su digresión sobre la guerra en Corcyra advierte Tucídides con tono amargo: «sucesos de este tipo han ocurrido antes y volverán a ocurrir mientras la naturaleza humana sea como es» (3.82).

6

En una carta a Charles Cavendish, hermano menor del destinatario de la epístola dedicatoria de la *Historia*, fechada el 22 de agosto de 1638, Hobbes se disculpa con el debido decoro de un sirviente antes de dar un consejo a su patrón y dice: «llámeme Usted loco o Tucídides, por mi jactancia».³⁸

Al igual que Tucídides en vida y después de muerto, Hobbes sería constantemente acusado de jactancia y arrogancia por sus enemigos a lo largo de toda su vida. Es claro que Hobbes sentía una íntima conexión intelectual con el historiador y que consideraba que, al igual que él mismo, Tucídides había logrado una profunda comprensión de la naturaleza humana basada en la observación cuidadosa, sistemática e inteligente de los hombres y sus conductas. Por ello en la Epístola dedicatoria se esmera por resaltar cuán útiles serán las lecciones extraídas de la lectura de Tucídides para el joven William Cavendish, una vez que le llegue el momento de modelar su propia vida con sus acciones. En tanto estudie historia siguiendo el método de Tucídides e investigue las causas que provocan los eventos, el joven conde aprenderá invaluable lecciones sobre la prudencia, la justicia y la magnanimidad, lecciones que aplicará a su carrera política. El método de los seguidores de la *ars historica*, al dar al lector las lecciones ya masticadas y digeridas, en artificiosas y floridas moralejas, se daba de bruces con la profunda *paideia* moral y civil que la historia –se suponía– debía constituir.³⁹

Luego del descubrimiento de Euclides durante un viaje a Europa en los 1630, Hobbes se convence de que el lenguaje de la geometría es el más apropiado para articular su filosofía política sin dar lugar alguno a disputas o acrobacias retóricas. En lenguaje euclideo, explicar causas significa derivar consecuencias nece-

38. N. Malcolm (ed.), Thomas Hobbes, *The Correspondence. Vol. I: 1622-1659*. Oxford, 1994, p. 52.

39. Cf. J. Salmon, «Precept, Example and Truth: Degory Wheare and the *ars historica*», D. Kelley and D. Harris Sacks (eds.), *The Historical Imagination in Early Modern Britain: History, Rhetoric and Fiction 1500-1800*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 11-36.

sarias a partir de una serie limitada de definiciones y axiomas. El gran desafío de la primera obra de filosofía política que publica Hobbes, *Los Elementos de la Ley* (1640), es proporcionar definiciones claras y distintas que no se presten a controversias, definiciones *perspicuas*.⁴⁰ El aspecto estilístico que hizo de Tucídides el más grande historiógrafo se asimila, de este modo, al estilo de Euclides, el más grande geómetra. El objetivo, una vez más, es enseñar y no persuadir. La diferencia fundamental radica en la evidencia y la precisión, la vieja *akribeia* que profesaba Tucídides. De este modo, la *perspicuitas* del historiador se refina en la *perspicuitas* del geómetra.⁴¹ El *mos geometricum-politicum* hobbesiano constituye, de este modo, una síntesis superadora de ambos estilos.

Con la adopción del método deductivo la historia pasa para Hobbes a un segundo plano, pero nunca deja de tener gran valor didáctico. En *Los Elementos de la Ley* (27.13) Hobbes reitera que el conocimiento de la historia y la capacidad de conjeturar acerca del presente y el futuro sopesando el pasado hacen a la prudencia. También en *De Cive* el autor apela a la autoridad de la historia cuando afirma que el miedo que disuade a los hombres de actuar con malicia es inspirado no por la existencia de las leyes sino por su efectiva aplicación, «pues sopesamos el futuro en base al pasado y rara vez anticipamos lo que rara vez sucede» (14.10). En *Leviatán* la historia es presentada como un producto de la memoria que es, a su vez, el residuo corrompido de la sensación, basada en la experiencia y, por lo tanto, incierta y maleable. En el capítulo quinto de la primera parte, Hobbes explícitamente contrasta la ciencia, fundada sobre la razón, con la historia, basada en la memoria y la experiencia. Sin embargo, en el capítulo octavo rescata la historiografía siempre y cuando el historiador sepa elegir temas dignos de ser recordados por la posteridad.

Al tiempo que cambió su método didáctico, también la audiencia de Hobbes comenzó a cambiar. Durante casi cuarenta años Hobbes se desempeñó como tutor privado de jóvenes aristócratas (hacia fines de la década de 1640, en París, el filósofo llegó a dar clases de geometría al príncipe Carlos, el futuro Carlos II de Inglaterra), y sus primeras obras, tanto la traducción de Tucídides como *Los Elementos de la Ley* (1640), están pensadas para instruir a selectas minorías. *De*

40. El término *perspicuity* en inglés del siglo XVII es también sinónimo de «evidente», tal y como lo demuestra un pasaje de *Troilo y Crésida* (William Shakespeare, 1603) en el que Néstor califica una intención de *perspicuous* (Acto I, Escena 3, 791).

41. Es interesante que en la carta al lector que introduce la traducción hobbesiana de los poemas homéricos (en la que Hobbes comenzó a trabajar a los ochenta y seis años de edad), Hobbes enumera las virtudes que debe tener una épica e incluye la *perspicuity*, a la que define como una «contextura natural de las palabras» que disimula la laboriosa tarea del poeta y logra la apariencia de naturalidad y espontaneidad. En este caso, la perspicuidad es la versión poética de la *sprezzatura* y, como tal, acusa artificiosidad y simulación en lugar de transparencia.

Cive (1642), sin embargo, escrito en latín, tiene como objetivo una audiencia más amplia, la escena intelectual europea. *Leviatán* (1651), por su parte, es una obra mucho más urgente, cocida en la caldera de la guerra civil inglesa, y con una idea de audiencia mucho más ambiciosa. Con su obra fundamental Hobbes pretendía hablarle a las universidades y, a través de ellas, al mundo entero. Hacia el final de la segunda parte, Hobbes confiesa su frustración como educador y su gran temor: que sus enseñanzas caigan todas en saco roto y nunca logren impulsar cambios concretos en la sociedad. Inmediatamente después de decir esto encuentra algo de consuelo:

Encuentro algo de consuelo en la ilusión de que algún día este escrito mío caiga en manos de algún soberano que lo sopesa por sí mismo [...] y que por medio del ejercicio de su entera soberanía, y protegiendo la enseñanza pública de éste, convierta esta verdad especulativa en utilidad práctica. (*Leviatán* II, cap. 31)

Luego de la caída en desgracia y la condena al ostracismo que sufrió en 1667 el Conde de Clarendon (un viejo amigo de Hobbes que escribió una famosa serie de animadvertencias a *Leviatán* y una de las crónicas más lúcidas de la guerra civil inglesa: *History of the Rebellion*), una vez más Hobbes se vio invadido por un profundo pesimismo acerca de la recepción de su obra y del legado didáctico que dejaría luego de su muerte. Fue entonces que volvió a su primer amor, la historia, y escribió *Behemoth*, una narración lineal de la guerra civil en cuatro diálogos entre un tutor y su discípulo. Desafortunadamente para Hobbes, Carlos II, su antiguo alumno de geometría, leyó el manuscrito de la obra y prohibió su publicación por considerarla demasiado anti-clerical.

La última obra de Hobbes fue una traducción árida y olvidable de la *Iliada* y la *Odisea*. En el prefacio que introduce las dos épicas el viejo educador dice que se dio a la infructuosa tarea de traducir a Homero (que ya había sido traducido a comienzos del siglo XVII con gran éxito por el poeta George Chapman y luego por John Ogilby, cuya edición se publicó en 1660) por la sencilla razón de que no tenía otra cosa que hacer. ¿Hemos de tomarle la palabra, o podemos permitirnos acaso sospechar que esta explicación esconde una declaración de profundo pesimismo acerca de la posibilidad de educar y transformar una sociedad desde el pupitre? Si la traducción de Homero constituye el amargo testamento intelectual de Hobbes, la de Tucídides reluce, en su calidad de *possession for everlasting*, como el ambicioso proyecto humanista de reformar a los hombres mediante la educación.

University of North Carolina at Chapel Hill

Obras de *Thomas Hobbes*

- Sir William Molesworth (ed.) *The Collected Works of Thomas Hobbes* (Vols. 8-9), London, 1843 (reed.1992).
- Sir William Molesworth (ed.) *Thomae Hobbes Malmesburiensis Opera Philosophica quae latine scripsit omnia* (Vol. 1), London, 1961.
- Gaskin, J. C. A. (ed.) *Thomas Hobbes: The Elements of Law Natural and Politic*, Oxford University Press, Oxford, 1994.
- Whitmore Jones, H. (trans.) *Thomas Hobbes: Thomas White's De Mundo Examined*, Bradford University Press, London, 1976.
- Malcolm, N. (ed.) *Thomas Hobbes: The Correspondence Vol. I 1622-1659*, Clarendon Press, Oxford, 1994.
- Macpherson, C.B. (ed.) *Thomas Hobbes: Leviathan*, Penguin, Hammondsworth, 1961.
- Tönnies, F. (ed.) *Thomas Hobbes: Behemoth or the Long Parliament*, The University of Chicago Press, Chicago, 1990.